

Canchánchara gigante en Trinidad

La tercera villa de Cuba acoge un evento cultural sin precedentes en estos predios; una fiesta para deleitarse con lo mejor de las tradiciones

Texto y foto: Ana M. Panadés

La canchánchara en Trinidad, además de la bebida preparada en los campos cubanos para aliviar el frío y la fatiga de los mambises, despierta —como la mismísima mezcla— una cascada de emociones que remiten a tradiciones de hondo arraigo en la tercera villa de Cuba.

Y es que el vocablo con tan melódica pronunciación designa también la vasija de barro en la que se ofrece el trago a base de jugo de limón, miel de abeja, aguardiente, hielo y agua. En la idea inicial de su diseño se unieron dos prestigiosos investigadores de la localidad, Teresita Angelbello y Víctor Echenagusía Peña, que recrearon la forma redondeada de la güira cimarrona, pero en un recipiente elaborado a partir de la arcilla.

En el torno de Daniel (Chichi) Santander nacieron los primeros prototipos del depósito ideal para degustar la bebida que sabe diferente cuando la mezcla se revuelve y entra en contacto con el frío del barro.

Bien lo saben los turistas y locales que coinciden en la casona de la calle Real del Jigüe, el sitio homónimo donde el trago se ha convertido en valor añadido de un producto con una dimensión cultural extraordinaria, además de turístico.

Por ello el festival que por estos días invita al jubileo lleva por nombre La Canchánchara, “un evento soñado hace años, con muchísimas motivaciones y alianzas entre decisores locales, los ministerios de Cultura y Turismo y el sector no estatal”, resaltó Reinier Rodríguez, gerente general de la Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales (Egrem), que apoya la realización de esta propuesta sin precedentes por estos predios.

SABOREAR LA TRADICIÓN

Los bocetos originales del di-



La taberna La Canchánchara es uno de los lugares más visitados de la ciudad.

seño del recipiente para servir la canchánchara lamentablemente se perdieron; mas, Víctor Echenagusía ha dibujado sobre el papel sus recuerdos, que comparte con Escambray.

“Partimos de la historia y el significado de las güiras cimarronas donde los mambises bebían la mezcla, pero había que tener en cuenta otros requisitos higiénicos para ofertar el coctel. Pensamos entonces en un material que podía cumplir esas exigencias y le añadía un valor cultural importantísimo”.

Con la propuesta bajo el brazo, llegaron él y Teresita Angelbello a la casa de Chichi, donde seis generaciones de Santander han moldeado su vida y sus sueños del barro. Al pie del torno se hizo el milagro.

“Primero salieron figuras más largas hasta lograr esa forma redonda ideal que tienen hoy; vimos la textura para evitar que la vasija resbale por la humedad, los bordes pulidos..., luego el esmalte que proporciona el mayor disfrute de la cerámica, y así logramos este concepto que ha llegado hasta hoy”,

recuerda el prestigioso intelectual complacido por la fama, incluso a nivel internacional, ganada por la pieza gracias a la tradición alfarera de la ciudad.

Y es la familia Santander la que ha perpetuado la dinastía del barro en esta urbe colonial. Hasta los días de hoy, esa heredad implica tornear a mano todas las obras. “Las piezas van tomando forma casi sin uno proponérselo; es algo especial que aprendimos desde muy pequeños. Todavía recuerdo a mi abuelo y a mi padre en el primer taller”, evoca Chichi, uno de los más grandes maestros artesanos de la ciudad.

Azariel —su hermano— domina también los secretos de la arcilla, un noble material empleado inicialmente en la fabricación de elementos constructivos hasta que aparecieron macetas, porrones, jarras, cazuelas, tinajones..., todo tipo de objetos utilitarios y piezas de exquisita factura como expresión de una de las tradiciones más raigales en la villa. “Y no hay que ir a buscarlo a otra parte, está

aquí mismo. Es otro valor que tiene nuestro trabajo”, asegura el mayor de los Santander mientras sus manos acarician el barro y encuentran una calma extraordinaria.

CON EL SELLO DE LO LOCAL

Alrededor de la canchánchara —un vocablo tan simbólico en Trinidad como sus calles de piedra o la torre campanario del Convento— se gestó una propuesta cultural sin precedentes en esta localidad, un festival nacional que revive costumbres, reconoce la creatividad de los pobladores e invita disfrutar de lo mejor de las tradiciones cubanas.

Idea del compositor trinitario José (Pepe) López y con el apoyo de las autoridades locales, la Egrem, los ministerios de Cultura y Turismo, Artex, la Oficina del Conservador de la Ciudad y el Valle de los Ingenios, entre muchos otros patrocinadores, el evento se distingue por la variedad de actividades, además de la presencia de importantes personalidades del país y de agrupaciones y músicos reconocidos.

Uno de los aciertos del festival

—de acuerdo con Pepe López— es lograr que confluyan en los diferentes escenarios artistas nacionales y locales que han mantenido vivas tradiciones musicales como la trova, las serenatas desde un balcón, las descargas entre músicos...; un ambiente especial que por estos días envuelve la villa.

En los alrededores de la plaza fundacional del Jigüe tuvo lugar la apertura, una gran fiesta que incluyó la elaboración de la canchánchara más grande del mundo. En la enorme vasija confeccionada por la familia Santander se mezclaron 250 litros de ron junto al resto de los ingredientes, jugo de limón, miel de abeja, hielo y agua. La ceremonia estuvo acompañada por un espectáculo que fundió la cultura española y africana con la actuación de la compañía Habana Flamenca y las Tonadas Trinitarias.

Con broche de oro cerró la primera jornada al reconocer a varias personalidades de la urbe, entre ellos José Ferrer, exintegrante del Dúo Escambray, Isabel Béquer —La Profunda— y Víctor Echenagusía, y disfrutar de los conciertos de Haila María Mompié, Waldo Mendoza, Isacc Delgado, Wil Campa y Maikel Blanco en un escenario sin igual, la Plaza Mayor.

Esta celebración invita también a disfrutar de exposiciones de artes visuales, espectáculos humorísticos, lo mejor de la gastronomía y la creatividad de los pobladores, entre muchas otras propuestas que integran cultura, patrimonio e identidad.

Hablar entonces de canchánchara nos remite al muy auténtico trago heredado de nuestros mambises, a la graciosa vasija de barro para degustarlo, a la típica casona colonial donde la bebida se disfruta como en ningún otro lugar, a una fiesta que abrazó tradiciones, a la esencia de una ciudad y de todos sus hijos, que es pura magia.

Música espirituana desde el pentagrama científico

Texto y foto: Lisandra Gómez Guerra

“A la hora de hacer la historia de la música y musicología espirituana hay que dedicarle una página inmensa a Juan Enrique Rodríguez Valle”, dejó escapar su colega, instrumentista y director de orquesta Alfredo Castro, como antesala de la entrega de la condición de Presidente de Honor del Coloquio sobre Estudios de la Cultura Musical Cubana.

Fue ese uno de los momentos más especiales de la XXXIV edición de la cita que, tras un prolongado silencio, regresó a predios de la cuarta villa de Cuba.

“Hay que hablar de él como formador de generaciones al permanecer durante muchos años en la otrora Escuela de Música —recordó Carlos Manuel Borroto, vicepresidente del Comité Provincial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba—. Supo compulsar para que se estudiara la música de este territorio. Sin dudas, es un puntal muy fuerte para nuestra cultura”.

El evento también visibilizó investigacio-

nes actualizadas sobre una manifestación del arte seguida por multitudes. “Los estudios sobre música espirituana han alcanzado y han trascendido un poco más allá de las fronteras de nuestra provincia —expresó Yaisel Madrigal, asistente por la modalidad virtual—. Las editoriales a nivel nacional, como el sello del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana, han puesto sus ojos en esas investigaciones, ya que en la región central evidencia marcadores estilísticos y rasgos de realización muy propios”.

Ejemplos de esas expresiones únicas se conocieron durante el Coloquio, pues se les dio voz a los resultados de *¡Los Pinares tienen su ritmo!*, de Saylly Alba, y *Arroyo Blanco, cuna de mujeres parranderas que hacen hoy historia de una tradición*, de un colectivo de autores.

Además, las jornadas sirvieron para reconocer a personas e instituciones que han apoyado la historia de esta cita, disfrutar de la muestra Coloquio en la memoria documental, escuchar melodías del pentagrama yayero y conocer sobre la labor de Edicio-

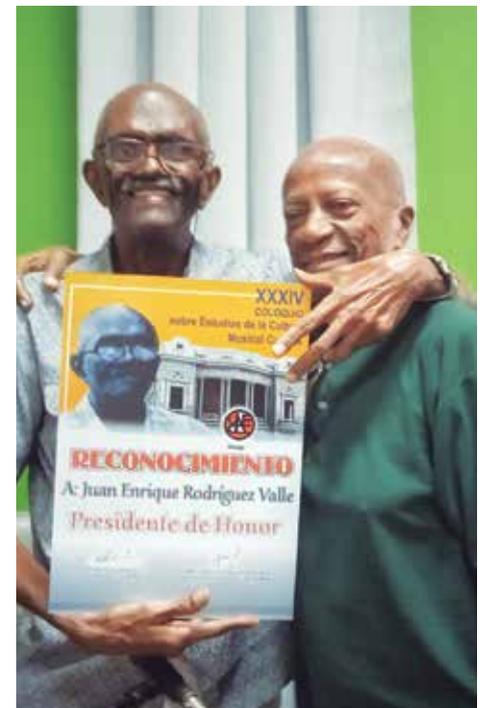
nes Luminaria en la preservación y difusión del patrimonio histórico-documental de la música espirituana.

Y como ya es habitual durante el Coloquio sobre Estudios de la Cultura Musical Cubana, se honró a José Manuel Jiménez Berroa, conocido por Lico Jiménez.

“Su figura es de obligatorio estudio en los programas de música de los niveles elemental, medio y superior —acotó Katia Rojas, profesora y musicóloga—. Trabajó música de concierto y obras cubanas. Como otros muchos artistas, este trinitario fue más reconocido fuera del país”.

Desde ya, quienes impulsaron esta cita piensan cómo efectuar la XXXV edición del Coloquio sobre Estudios de la Cultura Musical Cubana.

“Tenemos como meta organizarnos con tiempo para que el evento quede con la calidad que exige y que también pueda ser más presencial para que retome su trascendencia dentro de los estudios musicales del país”, concluyó Dianelys Hernández Oliva, presidenta del evento.



Alfredo Castro entregó el importante reconocimiento a Juan Enrique Rodríguez.